

E. MIRET MAGDA LENA

DESPUES de tantas crisis, discusiones y disonancias dentro de la Iglesia católica después del Concilio Vaticano II, me siento perplejo ante esta pregunta: ¿quiénes son los que siguen ahora obediente y sumisamente a los jerarcas de la Iglesia católica?

Y no me refiero a los países donde el avance y el progreso de la Iglesia llevan muchos años de denodado combate y hoy casi han alcanzado la victoria. Me refiero a nuestro país, al país que desde el siglo XVI ha tenido a gala llamarse católico en todos los aspectos. Hasta nuestros cristianísimos y tolerantes Reyes de la Edad Media cambiaron a la rigidez al comenzar la Edad Moderna y empezaron a llamarse Reyes Católicos. Entonces todavía no nos habíamos hecho los exclusivistas defensores de la ortodoxia católica, como ocurrió tras el famoso y a veces desgraciado Concilio de Trento, que cambió —o ayudó a cambiar— nuestra tolerancia religiosa en intolerancia cerrada.

Hasta ahora —me refiero a estos últimos siglos hispanos— las cosas parecían claras. Nuestra religión era como una pirámide clerical en la cual todo se decidía y ordenaba desde arriba y nada quedaba para la iniciativa y pensamiento de los de abajo. Con humor un poco negro, uno de nuestros escritores religiosos clásicos definió esta situación con el título de su libro: "Alfalfa espiritual para los borregos de Cristo".

Ahora, tras el Concilio que valientemente convocó el Papa Juan XXIII, las cosas han cambiado radicalmente en nuestra tranquila y sumisa sociedad religiosa llamada Iglesia. La obediencia ciega que se nos enseñaba de niños pequeños ha quedado superada casi insensiblemente. Pero lo más curioso es que aun los más empeñados defensores de la misma, cuando se trata de ellos mismos, disienten de ella con la mayor tranquilidad del mundo.

Los católicos avanzados se permiten críticas acerbas contra los Obispos en cuanto no están conformes con sus progresivos puntos de vista. Los ultraconservadores no son menos "contestatarios" que los que predicán el avance; véase el modelo representado en cualquiera de esos curas y seglares que creen ver que el demonio está practicando la subversión dentro de la propia Iglesia. Y en cuanto a la masa del país, una parte de ella se muestra ya indiferente a todo lo que viene de la Iglesia, y, en particular, de los Obispos. Y al resto, compuesto por los practicantes rutinarios —y lo digo sin ningún matiz peyorativo—, no le afectan las disposiciones de nuestros jerarcas, porque les basta con su práctica sin meterse en más complicaciones.

Se me planteaba todo esto hace unas noches, cuando fui llamado por Radio Madrid para actuar en la "Hora 25". El tema era "Los Obispos"; y después de contestar con claridad sincera, al mismo tiempo que con intención de serenidad, a las bombardantes preguntas que me hacían tanto el

padre Aradillas como los demás componentes de la mesa redonda, llamé por teléfono una señora de la vieja usanza, indignándose de que nos hubiéramos metido con los Obispos anticuados. La verdad es que esa misma señora sería de las que se rasgaría probablemente las vestiduras ante las tímidas progresiones de algunos de nuestros Obispos que van casi vestidos de paisano. Siempre la misma cuestión: ¿quiénes son, entonces, los que siguen sin vacilación y sin distinciones a nuestros Obispos?

Para quitar el mal sabor de boca que estas críticas francas pudieran producir en esa señora, le recordaré que hace seis años el Cardenal Rugambwa defendía a los católicos que ejercen esta libertad diciendo: "Lo que hace unos treinta años hubiera sonado como blasfemia, se ha convertido en un hecho cotidiano en todo el mundo católico. Me refiero a la crítica al Papa, a sus declaraciones y a su gestión. También en este campo el católico moderno se ha convertido en claro defensor de su propia libertad y de su propio juicio personales... No es el caso para alarmarse exageradamente, y menos aún para

¿QUIEN SIGUE A LOS OBISPOS?

asustarse. El mensaje de Dios se ha dirigido a todos los hombres de todos los tiempos, y si el hombre moderno es como es..., este mensaje debe asumirlo con las características de su verdadera y concreta manera de ser".

Lo importante es que hayamos superado totalmente cualquier actitud hipócrita dentro de la Iglesia, aceptando los Obispos el libre juego de esta confrontación amistosa, diciéndoles eso que se llaman verdades como puños, y que no estaban acostumbrados a escuchar.

Nuestros Obispos, por supuesto, son muy diversos, aunque hasta los más avanzados tienen un tono claro de moderación. No se puede pensar que son todos iguales. No hay nada más que recordar lo ocurrido recientemente en Cuenca: allí vimos a un Obispo defensor del más estricto hábito clerical y de la más rígida doctrina ser exaltado por los asistentes a esta reunión, hasta llegar a llamarle el Obispo de España. Justamente este Obispo, a quien he tratado durante muchos años y merece todos mis respetos, a pesar de nuestras antagonistas posturas ideológicas dentro de la Iglesia, es el polo opuesto, en cuanto a actitud humana, al de otros que están bien visibles en nuestro país, y no digamos en el extranjero.

Entre las preguntas que me hicieron a pro-

pósito de todo ello, estaba una que no podía faltar en medio de ellas: ¿cómo ha de ser el Obispo que necesitamos en nuestro país?

Contestar a esta pregunta resulta difícil por un lado y pretencioso por otro. Por eso me limitaré a hacer algunas breves reflexiones, análogas a las que hice ante el Cardenal-Arzbispo de Barcelona en las recientes Jornadas Nacionales "Justicia y Paz", celebradas en Montserrat. Este sereno y acogedor Obispo escuchó con la mayor tranquilidad las cosas que yo decía. Y al final me confesó que las había oído con mucha atención y eran dignas de ser reflexionadas. Así es como deben ser nuestros Obispos: serenos para escuchar las voces de crítica humana que hacemos los seglares y los curas dentro de nuestro ámbito nacional.

Esta sencillez es la que tienen que aplicar a toda su actuación. Tenemos que desmitificar a la jerarquía eclesial, sin mengua del cariño amistoso que los católicos seguimos teniendo a los Obispos. Han de convenirse de que ya no pueden ser el centro del mundo, que su papel tiene que ser mucho más discreto y bien distinto de ese protagonismo al que nos han tenido acostumbrados durante siglos en España. A la hora de enseñar, pensamos muchos católicos que tienen que reflexionar sobre lo que hoy se entiende en el mundo por magisterio. El maestro ya no es aquel domine con la palmeta en la mano que tenía más o menos atemorizados a sus alumnos, ni siquiera puede ser ese profesor paternalista que con una cierta tolerancia nos miraba a los estudiantes con superioridad concesiva desde lo alto de su estrado. Tiene que ser un maestro moderno que actúa según las normas de la pedagogía activa, que no cree haber enseñado mientras los que le escuchan no participan personalmente y con su propio criterio en lo que allí se expone y que necesariamente debe debatirse. Incluso tienen que hacer un esfuerzo por producir, en su propia mentalidad y en su actitud, una revolución cultural, un cambio drástico que le haga comprender los aspectos positivos de la nueva cultura y los asimile sin reticencias, superando el temor a perder las rutinas mentales anacrónicas en las que fue formado. Debe superar también la rémora que supone estar paralizado por las cosas que vivió, acostumbrándose a aceptar las nuevas experiencias de los creyentes que son pioneros del día de mañana. No para aceptarlo todo, sino para comprenderlo todo, evitando intervenciones que frenen la nueva vida del espíritu que se está manifestando en estos creyentes. Y su primer deber tiene que ser por eso defender la libertad de expresión de cualquiera de los creyentes renovadores del catolicismo y de la sociedad, y hacer valer ante quien sea este derecho.

Así, con estos trazos, veía yo al futuro Obispo, que se acerca mucho más al sencillo modelo evangélico, y al que, dándole menor importancia exterior, le concederíamos más importancia interior. Un Obispo servidor, y no un Obispo con afán de ser servido. ■